

NAHUEL MORENO

Guevara: héroe y mártir de la revolución permanente

Dos métodos frente a la revolución latinoamericana

Incluye

Guerra de guerrillas: un método
Ernesto Che Guevara

PRESENTACION

En enero de 1959 cayó el dictador cubano Fulgencio Batista. Había abandonado La Habana en la noche del 31 de diciembre del '58, su ejército estaba en desbandada y la isla estaba paralizada por la huelga general. Los frentes guerrilleros que se habían unido a fines del año anterior llevaron al poder al M-26 de Fidel Castro. Desde el triunfo de la Revolución Cubana un huracán recorrió el suelo americano. Al igual que los clásicos tornados del Caribe, que sacan de quicio puertas y ventanas, vuelan techos y arrancan de cuajo los árboles, el vendaval revolucionario que desató el triunfo castrista desparramó en el continente consecuencias que se prolongaron por largo tiempo.

En esta entrega de *Cuadernos Socialistas* rescatamos la legendaria figura de Ernesto Che Guevara que fue uno de los protagonistas principales de esa historia. Recuperamos al revolucionario cabal, al internacionalista coherente, al símbolo máximo de la generación de revolucionarios que se hizo al calor de esos hechos. Reproducimos para ello un artículo de Nahuel Moreno de octubre del '67, a días del asesinato del Che, titulado *Guevara: héroe y mártir de la revolución permanente*.

Lejos de todo pernicioso culto a la personalidad, este folleto se mete en una de las polémicas que, desde el inicio mismo de ese torbellino, ocupó el centro de la escena: el planteo guevarista del foco guerrillero y la guerra de guerrillas como método y táctica única de los revolucionarios. Desde este ángulo y arrancando de la base común de que la Revolución Cubana rompe con el imperialismo y expropia a la burguesía, abre y replantea varios de los problemas centrales de la revolución socialista. Ellos son: la autodeterminación de la clase obrera y sus organizaciones, el programa de la revolución y el rol del partido revolucionario. La polémica queda reflejada en los trabajos que presentamos: *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana*, un escrito de Moreno del año '64 y *La guerra de guerrillas: un método*, del propio Ernesto Guevara.

Para ayudar a la comprensión del momento histórico del debate, incluimos también una cronología de los principales hechos de los años '50 y '60.

Este debate ha mantenido su actualidad a lo largo de más de tres décadas. Durante ellas se probaron en nuestro continente todo tipo de experiencias guerrilleras, en el campo y

también en las ciudades. Algunas se transformaron en guerras civiles abiertas; otras se redujeron a un terrorismo individual y estéril. Una generación de revolucionarios se volcó entusiasta a desarrollar la política guevarista y se frustró con los fracasos guerrilleros. Bajo distintos nombres, FARC y FAL en Colombia; Movimientos de Liberación en varios países, Tupamaros en Uruguay; Sendero Luminoso en Perú, y otros tantos, miles de jóvenes tomaron las armas encandilados por la experiencia cubana. En Argentina los principales grupos funcionaron en las ciudades. ERP y Montoneros se lanzaron a la guerra de guerrillas en el momento que estallaban los grandes levantamientos de los trabajadores como el Cordobazo, y se aislaron de estas luchas. Desplegaron un afán militar del que saldrían diezmados, siendo utilizados como justificación del golpe genocida del '76.

Últimamente, con el EZLN de México, ha surgido una organización que muestra nuevas facetas de la evolución del movimiento guerrillero.

En los casi cuarenta años transcurridos desde la Revolución Cubana y a poco de cumplirse 30 años del asesinato de Guevara, se mantienen y agravan las condiciones de explotación de los pueblos latinoamericanos y la entrega descarada de los patrimonios nacionales al amo yanqui. Ocurrió, asimismo, un avance cualitativo de la colonización del continente. En este sentido, el de la Cuba revolucionaria de principios de los años '60 es un ejemplo claro de un «modelo» distinto al capitalismo.

La corriente liderada por Moreno reproducía en junio del '60 en la publicación *¿Qué hacer?* un informe de su corresponsal en Cuba que decía: «Una investigación hecha por la Asociación Católica Cubana en 1957, basada en 2.500 familias rurales encontró que el 60% vivía en chozas techadas con madera de palmera y pisos de tierra sin recubrir, y sin agua ni comodidades sanitarias de ninguna clase. En el 70% de los casos se usaba alumbrado a kerosene y el 30% restante no tenía iluminación. La alimentación básica consistía en arroz, porotos y vegetales; sólo el 11% bebía leche, el 4% comía carne y el 2% huevos. El resultado era una deficiencia calórica de 1.000 unidades diarias».

Apenas 3 años después, y transcurrido un año de la revolución, la situación era completamente distinta: "Las tarifas eléctricas se han reducido un 30%, las telefónicas a la mitad, las medicinas en un 20%. Se han construido 800 millas de nuevos caminos, 35 nuevos puentes; el ejército ha reforestado 133.000 acres. Se han confiscado 400 millones de dólares de propiedad robada por los hombres de Batista. Se han completado 10.000 unidades de viviendas, con cuatro cuartos, para aquellos que ganan menos de cien dólares al mes. El costo es de 15,92 pesos, que no es en concepto de alquiler, sino de pago mensual por la compra de la casa. Los alquileres fueron reducidos a la mitad. En ocho meses se completaron diez hospitales y seis mil escuelas nuevas, incluyendo la creación de escuelas rurales..."

Cuba se convertía en el único país de Latinoamérica donde mejoraba la vida de los trabajadores y las masas populares.

Este cambio monumental no se produjo como parte de un plan previo de la conducción castrista. El grupo comandado por Fidel Castro tuvo origen en una escisión del conservador partido gobernante en la isla, recibió el apoyo de importantes sectores de la oligarquía local, el imperialismo yanqui y el clero, y su objetivo principal era acabar con la dictadura.

Jules Dubois, periodista ligado a los monopolios norteamericanos, cuenta en su libro *Fidel Castro* un episodio de fines de los años '50. Distinguidos personajes de la ciudad de Santiago de Cuba le ofrecieron un banquete del que participaron: Daniel Bacardí, presidente de la Cámara de Comercio; Fernando Ojeda, destacado exportador de café; el

Reverendo padre Chasbede; los presidentes del Rotary Club y del Club de Leones, entre personajes representativos de otros grupos. En un extremo de la mesa había una silla vacía ante un cubierto puesto y un letrero que decía *reservado*. El importante cafetalero le informó a Dubois que ese lugar era para «*un compatriota nuestro que tenía el propósito de asistir a esta cena pero no pudo. Nosotros lo comprendemos porque está realizando importantes servicios para Cuba; se llama Fidel Castro*».

El objetivo declarado del movimiento de Castro fue desde el principio restablecer la vigencia de la Constitución y hacer una serie de reformas, particularmente en el campo. Es conveniente recordar un comentario de Jean Paul Sartre sobre este movimiento ya en el poder, tomado por la mencionada revista *¿Qué hacer?* Dice Sartre: «*En resumen, diré que un movimiento que empezó bajo la forma de un putsch, vio desaparecer uno tras otro sus objetivos, descubriendo objetivos nuevos cada vez más populares y profundos, en una palabra más revolucionarios*». La afirmación del filósofo francés, de moda en ese entonces, explica el viraje que fue tomando el gobierno surgido de la revolución.

La posibilidad de que un movimiento nacionalista pequeño burgués hubiera empezado a construir un estado obrero resultó de un doble tipo de presiones sociales. En primer lugar, la voluntad de la burguesía y el imperialismo yanqui de detener la revolución una vez caído Batista, y el ahogo y amenazas cada vez más fuertes hacia Castro y la revolución. En segundo término y lo más importante, las masas cubanas habían entrado en la arena revolucionaria en un número y con una potencia extraordinarias, y la dirección castrista apeló a ellas para enfrentar la presión del amo imperial. En medio de esta batalla feroz es que el castrismo en el gobierno avanzó hacia dos de las tareas fundamentales de la revolución latinoamericana: la liberación nacional, rompiendo los pactos que ataban a Cuba al imperialismo, y la revolución agraria, iniciando la expropiación de los latifundios y la entrega de tierras a los campesinos. Al mismo tiempo atacó los más inmediatos problemas de miseria en que estaban hundidas las masas laboriosas de la isla. Se repetía así una situación (catalogada por Trotsky en el *Programa de Transición* como altamente improbable) que se daría en muchas ocasiones durante la segunda posguerra. En ella direcciones pequeñoburguesas o burocráticas fueron más allá de lo que querían en el proceso revolucionario, llegando incluso a la expropiación de las clases explotadoras.

El torrente arrollador de las grandes masas populares sumadas a la revolución y el rol protagónico que comienza a jugar el movimiento obrero cubano, quedan reflejados en una serie de informes periodísticos de la época. Extraemos el siguiente de la cadena NBC: «*La Federación de Trabajadores del Azúcar ha armado y entrenado 55.000 trabajadores en el interior para defender la cosecha del azúcar. Alrededor de 300 estudiantes de La Habana, incluyendo 80 chicas, completaron su entrenamiento militar el mes pasado, escalando el monte más alto de Cuba: el Pico Turquino de 6.569 pies... Mientras el pueblo está siendo armado, el Ejército está luchando por la Revolución con picos, palas y tractores. Vimos soldados construyendo casas para los campesinos, trazando caminos, abriendo sistemas de drenaje, reforestando la tierra desnuda, trabajando como campesinos en las cooperativas y construyendo una ciudad escolar entera, que una vez terminada podrá albergar a 20.000 niños... Desde que los soldados trabajan y los obreros son armados no hay necesidad de fuerza militar*».

Este era el proceso vivo, real, en el que se apoyaba Moreno para afirmar que la Revolución Cubana era: «*el más importante acontecimiento latinoamericano en lo que va del siglo, por marcar el comienzo de la revolución socialista en nuestro continente,*

Estados Unidos y el mundo occidental y por haber dado origen también a una nueva generación y tendencia revolucionaria a escala continental: el castrismo».

El triunfo del castrismo dio nacimiento a una nueva corriente nacionalista revolucionaria. Fue, en sus orígenes, una dirección independiente de los aparatos tradicionales que controlaban a las masas, sobre todo de los Partidos Comunistas satélites de Moscú. Ellos pregonaban vías reformistas de no violencia y gobiernos de conciliación con las burguesías nacionales. La independencia del castrismo es la característica que reivindicaron entonces Moreno y su corriente. Y, aunque nuestro autor reconoce y aclara sobre el carácter no obrero del castrismo, él y el sector del trotskismo que representaba tuvieron la correcta posición de colocarse claramente como parte de ese movimiento. El lector encontrará, en los trabajos de Moreno que presentamos, referencias de esta ubicación, junto a críticas profundas a los postulados fundamentales levantados por el movimiento de Castro y Guevara.

Para entenderlo es necesario comprender el terremoto político que provocó la aparición del castrismo en Latinoamérica: a principios de los '60 se produjeron alas y escisiones en prácticamente todas las organizaciones políticas del continente. Partidos burgueses como Acción Democrática de Venezuela, el APRA peruano, el peronismo argentino y la Democracia Cristiana en casi todo el continente, como también los Partidos Comunistas (que incluido el de Cuba estuvieron del lado de Batista casi hasta su caída) sufrieron rupturas o tuvieron alas castristas en su interior. Lo mismo ocurrió dentro del movimiento trotskista. La corriente del trotskismo que representaba Moreno defendió el nuevo Estado obrero cubano, aunque caracterizándolo como burocrático. Colocado en la defensa del naciente Estado obrero y en el mismo campo revolucionario que el nacionalismo castrista, Moreno criticó las principales tesis de Guevara. Aunque reconoce que el Che fue el único dirigente de esa revolución que intentaba desarrollar a nivel teórico las conclusiones de la misma.

La polémica arranca de la teoría del foco. Pero nuestro autor profundiza desde allí y señala que: 1) Guevara hace un fetiche de la clase campesina diciendo que es la única clase de vanguardia en toda Latinoamérica. Iguala al campesinado del Perú y Bolivia, que sería protagonista de verdaderas revoluciones agrarias, apoyadas en organizaciones de masas y milicias campesinas, con el de Argentina o Uruguay que no protagonizó, en la época, luchas de envergadura. 2) Guevara subestima al movimiento obrero y popular de las ciudades. Asignándole un papel secundario a las organizaciones de masas como los sindicatos, les reserva únicamente la función de apoyo para el ejército guerrillero. 3) Guevara no ve necesidad de partidos revolucionarios, y menos aún la importancia central de un programa de reivindicaciones transitorias para cada país, que tome en cuentas las particularidades de los mismos, hacia el declarado objetivo de la toma del poder.

Explicando el enfoque de Guevara sobre el campesinado dice Moreno: *«El verdadero argumento guevarista es técnico y no social. Él apela al campesinado y al campo por la clase y la zona ideales para la guerrilla. Es decir, la guerrilla y la lucha armada no están al servicio del movimiento de masas del país, de su dinámica, sino por el contrario, el movimiento de masas y los lugares geográficos, al servicio de la guerra de guerrillas. El campesinado es la clase de vanguardia porque eso será mejor para el desarrollo de la guerrilla, no porque lo sea en realidad».* Y refiriéndose al problema del programa, Moreno muestra la relación entre el medio y los fines de la lucha revolucionaria para Guevara.

Escribe nuestro autor: *«El programa revolucionario no puede ser obra de un marxista revolucionario que se contemple al espejo diciendo: debemos hacer la guerrilla para tomar el poder. Es, por el contrario, la respuesta revolucionaria a los problemas que enfrentan los trabajadores, ligada a la perspectiva de tomar el poder. Si no hay esa respuesta a los problemas concretos no es un programa sino una aspiración de deseos».*

La polémica que publicamos no se desarrolló en un aséptico laboratorio. Por el contrario, se escribió a sangre y fuego en el exuberante marco del continente latinoamericano. El drama tuvo distintos capítulos; uno de los más dolorosos fue, sin dudas, el asesinato del Che al inicio de su experiencia boliviana. Fueron décadas en la que una generación entera de revolucionarios se vio frustrada por el fracaso sistemático de todas las experiencias guerrilleras posteriores a la revolución en la isla. La razón del fracaso hay que buscarla justamente en que se aislaron y actuaron a contramano de las necesidades y aspiraciones de los trabajadores y las masas. El drama es mayor ya que, desde finales de los años '60, se empezaba a desarrollar un impresionante oleada de enfrentamientos de las clases obreras y populares. Insurrecciones o semiinsurrecciones en las ciudades, huelgas generales y movilizaciones multitudinarias, en la mayor parte de los casos dirigidas por las organizaciones tradicionales de las masas. Triunfos como los del Cordobazo y derrotas trágicas como las originadas por las sangrientas dictaduras del Cono Sur de los años '70, guerras civiles como las centroamericanas, movilizaciones revolucionarias como las de Brasil y Argentina, a principios de los '80, y una nueva revolución en Bolivia en el '85. Esta es la cadena de hechos que fueron construyendo la trama de los combates más colosales de la historia de lucha de las masas en América latina.

La evolución del castrismo pone al desnudo todos los puntos débiles de la teoría del foco como método y vanguardia (en el sentido leninista) de la revolución.

En honor a la verdad histórica no puede atribuirse a Guevara el desarrollo ulterior del castrismo. Sin embargo, en la polémica que estamos presentando, Moreno plantea los alertas, las caracterizaciones, las críticas y el pronóstico del rumbo que tomaría el movimiento guerrillero.

En cierto sentido el burocratismo y la dependencia de la política exterior soviética, que significó la adaptación a la coexistencia pacífica con el imperialismo primero y a la colaboración luego -adaptación que da como resultado la política de la dirección cubana de frenar y desviar las revoluciones, fueron peligros que avisó el propio Guevara. Pero en sus trabajos está la base metodológica, política y programática en la que encuentra justificación la evolución del castrismo de movimiento nacionalista revolucionario a Partido Comunista estalinista.

Años más tarde Moreno explicaba la razón más profunda de esta mutación: *«El movimiento castrista era pequeño-burgués, nacionalista, antiimperialista y democrático en sus inicios, y en ese sentido tendía a apoyar al movimiento nacionalista y democrático latinoamericano aunque con métodos pequeñoburgueses, a través de la guerrilla foquista alejada del movimiento de masas [...] Es ese carácter de la dirección cubana lo que explica por qué pudo transformarse posteriormente, sin mayores sobresaltos y sin ningún salto cualitativo, en un partido estalinista: porque su carácter de clase la unía al estalinismo mundial [...] La dirección cubana permanentemente ha sido una dirección pequeñoburguesa, que se transformó de nacionalista revolucionaria a directamente burocrática..., sin mayores sobresaltos, como ocurre con todas las corrientes*

pequeñoburguesas que dirigen al movimiento obrero» (Nahuel Moreno, *Actualización del Programa de Transición*, Caracteres Editores, Bogotá, 1990).

Algunos de los más patéticos rostros que tuvo el experimento castrista en el continente los presenta la revolución centroamericana de fines de la década del '70.

Uno de los procesos más profundos fue el de El Salvador. Allí cayó la dictadura en 1979, poco después del triunfo sandinista en Nicaragua. Castro, los Partidos Comunistas y el sandinismo apoyaron al gobierno cívico-militar del coronel Majano que permitió la recomposición del derrotado ejército genocida salvadoreño. El broche de oro de esta política fue la llamada «Ofensiva final» del año '81 ordenada por la organización guerrillera Frente Farabundo Martí en enero. Shafick Handal, dirigente del Partido Comunista de El Salvador y del Farabundo Martí, ordena una operación militar de envergadura nacional que denominó «Ofensiva Final». Esta operación, varias veces postergada en condiciones más propicias, termina en una derrota completa. Años más tarde el mismo comandante del Partido Comunista acuerda, con el ya reconstituido ejército genocida, el desarme del Farabundo Martí.

Mención especial merece el capítulo de la revolución nicaragüense. En el año '79 el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua dirige la ofensiva con la que las masas nicaragüenses voltean al sanguinario dictador Anastasio Somoza. Ni Nicaragua ni Cuba estarían solas. Se abría la posibilidad de que Cuba rompiera el aislamiento al que la sometían los gobiernos títeres de los países latinoamericanos. Y, con esa posibilidad y la situación de los otros países de la región, se colocaba al alcance de la mano la tarea de liberar del dominio yanqui a la nación centroamericana y comenzar la construcción del socialismo, dándole un impulso monumental a la revolución en América latina.

La simpatía que despertó la lucha del pueblo nica entre la joven generación era similar a la que había provocado la revolución cubana. Centenares de heroicos jóvenes de todo el continente se anotaban con entusiasmo para participar de la nueva epopeya que se anunciaba en ese lugar del mundo. Entre ellos, los 250 combatientes que formaron la Brigada Simón Bolívar. Esta cumplió un papel destacado en la liberación de la costa atlántica nicaragüense, y tuvo 3 muertos en acción. La Simón Bolívar fue organizada por la corriente política que lideraba Nahuel Moreno.

El Frente Sandinista, una organización no obrera, fundada en 1961, parecida al Movimiento 26 de Julio de Castro y el Che, no siguió la evolución de éste una vez en el poder. Su programa se limitaba a derrocar a Somoza. Tuvo que avanzar en la expropiación de las tierras del dictador, su familia y sus amigos, porque éstas estaban ya ocupadas por los campesinos. Pero se concentró en hacer cumplir el consejo de Fidel Castro: Nicaragua no sería otra Cuba.

En un discurso de 1979, siete días después de la entrada victoriosa del FSLN en Managua, hablando de la necesidad de un frente con los gobiernos patronales de la región, decía Castro: *«Ahora hay muchos interrogantes, y hay mucha gente queriendo establecer similitudes entre lo ocurrido en Cuba y lo ocurrido en Nicaragua... Por eso a las afirmaciones o temores expresados por alguna gente... de que Nicaragua se iba a convertir en una nueva Cuba, los nicaragüenses les han dado una magnífica respuesta: no, Nicaragua se va a convertir en una nueva Nicaragua, que es una cosa muy distinta»* (*Juventud Rebelde*, 29/7/79, de La Habana). Y lo hicieron. Formaron un gobierno de unidad con los sectores burgueses opositores a Somoza. Con Violeta Chamorro, viuda del dueño

del diario *La Prensa* y jefe de una de las principales familias de la oligarquía nica que fue asesinado por la dictadura, y el industrial Alfonso Robelo. Y desarrollaron una política de reconstrucción capitalista bajo el nombre de "economía mixta".

Para cumplir estos objetivos, reprimieron a los sindicatos. Muchos de ellos habían sido creados en el primer mes de la revolución a instancias de la Brigada Simón Bolívar, a la que expulsaron del país por «*haber organizado más de setenta sindicatos; predicado la toma de tierras por los campesinos; organizado milicias en los barrios; y descrito a miembros del gobierno como burgueses*» (*El Espectador*, 19/8/79).

Los sandinistas frenaron la toma de tierras y reanudaron los pagos de la deuda externa, en medio de una brutal agresión imperialista.

El pueblo nicaragüense soportó enormes esfuerzos. Volteó a Somoza en una guerra civil sangrienta. Derrotó en otra tan o más feroz a la «contra», una guerrilla somocista contrarrevolucionaria financiada y armada hasta los dientes por los yanquis. Pero el sandinismo, cumpliendo aquellos consejos de Castro, cedió a todas las presiones del imperialismo y terminó aceptando pactos vergonzosos en los que comprometía la suerte de su pueblo y dejaba solos, sin apoyo y sin armas al resto de los revolucionarios de Centroamérica.

Con el nombre de «Contadora», isla donde se consumó la capitulación, pasará a la historia el documento con que los comandantes sandinistas entregaron la revolución centroamericana.

Entre la izquierda latinoamericana, y empezando por el propio sandinismo y Fidel Castro, se pretendió explicar esos acuerdos con el argumento de que el país estaba exhausto y no podía seguir soportando la agresión imperialista. Sin embargo la transformación del Frente Sandinista en un partido político más del sistema capitalista de un país dependiente, garante de los negocios de las multinacionales, el FMI y la oligarquía local, quedó demostrada con el transcurso del tiempo.

Desde la oposición política donde se encuentran desde 1990, año en que perdieron las elecciones frente a Violeta Chamorro, no apoyaron la resistencia de pueblo trabajador nica contra los planes de ajuste de la viuda y el FMI. Ratificaron y profundizaron este rumbo en las elecciones del año '96, donde perdieron a manos del candidato somocista Arnoldo Alemán. La campaña electoral es esclarecedora del destino del sandinismo; en ella Daniel Ortega, ex comandante del Frente, planteaba como propuesta «el papel de la empresa privada en el fortalecimiento de la economía nicaragüense». Esta propuesta económica fue diseñada por un antiguo funcionario del FMI. La vergüenza no termina aquí: el sandinismo participó de la elección aliado a sectores de la antigua "contra" a los que ofreció ministerios.

Por seguir el consejo de Castro, Nicaragua no fue otra Cuba. El camino sandinista resultó muy distinto al del Che Guevara. En la isla se expropió la propiedad de la oligarquía y el imperialismo, se elevó el nivel de expectativa de vida y se redujo sensiblemente la mortalidad infantil, por mencionar sólo algunos logros. Nicaragua, luego de años de guerra civil que costaron miles de vidas de abnegados luchadores obreros, campesinos y populares, es por el contrario el segundo país más pobre de América Latina después de Haití. Y los comandantes del sandinismo pasaron del foco guerrillero a gobernar aliados con sectores patronales. Hoy ocupan los sillones del parlamento burgués como garantes de la aplicación de los planes de miseria dictados en Washington.

El 1º de enero de 1994, reflejando un colosal movimiento de grandes masas empobrecidas del postergado campesinado mexicano, apareció el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional). Es el último de los movimientos guerrilleros que alcanzó repercusión mundial. Irrumpió en el Estado de Chiapas, México, una región de campesinos e indígenas perseguidos y heroicos. El subcomandante Marcos, que es su vocero, se instaló en las pantallas televisivas del planeta rechazando el acuerdo comercial por el cual su país quedaba atado a Estados Unidos, exigiendo la democratización del régimen político dominado por el PRI y encabezando en ese entonces las luchas campesinas y de los aborígenes que reclamaban su derecho a la tierra. Este subcomandante, hombre de buen humor, amable y culto, presenta comunicados de un buen estilo literario y navega por Internet. El Ejército Zapatista organiza conferencias en las cuales se crítica al neoliberalismo. Pero como parte de la izquierda mundial, agobiada por el supuesto triunfo de la llamada «globalización», cree que hay que buscar una «nueva forma de hacer política». Por eso el EZLN en su Cuarta Declaración de la Selva Lacandona en la que convoca a formar una nueva fuerza política, dice que no busca tomar el poder, que no propone un cambio de sistema, que no quiere formar un partido político revolucionario ni ningún partido, que quiere que a la nueva fuerza política se sumen todos los mexicanos. En esta declaración el EZLN llama a luchar por crear un espacio donde los ciudadanos decidan, pero curiosamente no quiere que lo hagan desde el gobierno. ¿Cómo se conquistaría entonces la democracia, la libertad y la justicia que propone el EZLN? Dice Marcos en un reportaje aparecido en el diario *Página 12* del 14/4/96: «*Decimos nosotros que, en lugar de derrocar o destruir un sistema, o derrocar o destruir un gobierno y poner otro, lo que necesitamos es abrir un espacio de lucha política donde la ciudadanía, la mayoría de la gente, pueda tener participación y decidir...*»

Esta propuesta es como mínimo engañosa. Quiere hacer creer que los campesinos y los indígenas obtendrán la tierra, los desempleados trabajo, los trabajadores mejores salarios y condiciones de vida, los sin techo vivienda, y todos los sectores oprimidos libertades, democracia, educación y salud sin destruir el sistema capitalista y el gobierno que engendran esas miserias e injusticias, sin destruir las fuerzas policiales y militares con que las imponen y sin luchar por un gobierno obrero y campesino que esté decidido a aplicar ese programa y por un sistema que tiene su razón de ser en esos derechos, el socialismo. La historia demuestra hasta el cansancio la imposibilidad de lograr los objetivos que plantea el EZLN de la manera que propone conseguirlos. La propuesta zapatista es partir de la acción guerrillera campesina a la búsqueda de un sueño irrealizable que muy probablemente termine en pesadilla.

En octubre del '97 se cumplirán 30 años del asesinato del Che. Pero el revolucionario sigue vivo convertido ahora en un mito, porque luchó y murió por un mundo mejor.

En el último año el continente ha estado surcado por decenas de combates, huelgas generales, luchas obreras y populares, rebeliones campesinas, movilizaciones estudiantiles, multitud de respuestas populares a la represión. Esta enorme convulsión social que estamos presenciando es el semillero de la nueva generación de luchadores obreros, campesinos, populares y estudiantiles que encabezará la pelea contra el imperialismo y el capitalismo. Ellos están buscando la política justa, el programa apropiado y la organización necesaria para triunfar. Muchos de entre ellos llevan camisetas con la imagen del Che. Lo sostienen en sus banderas en las movilizaciones y hasta en los estadios de fútbol. Muchos lo tienen en

las paredes de sus cuartos y leen sus libros. Esperamos que la publicación de la polémica que estamos presentando sirva como un pequeño aporte en la búsqueda del camino justo.

Nosotros seguimos creyendo que la realidad de estos últimos cuarenta años demostró la justeza de la crítica que Moreno hace a los trabajos de Guevara. Seguimos creyendo con él en que la fuerza para derrotar al enemigo es la lucha de los trabajadores y el pueblo; que la forma de obtener el triunfo es dotarnos de organizaciones obreras y populares con verdadera democracia para que tomen el poder. Y que la conducción de esa pelea tiene que estar liderada por un partido revolucionario de la clase obrera en cada país y a nivel internacional.

Carlos Miranda

Buenos Aires, noviembre de 1996

ANTERIOR **INDICE** **POSTERIOR**